

# ARQUEOLOGÍA Y PATRIMONIO: CONOCIMIENTO Y APROPIACIÓN SOCIAL

por

Ana María Groot\*

## Resumen

**Groot, A.M.:** Arqueología y patrimonio: conocimiento y apropiación social. Rev. Acad. Colomb. Cienc. **30** (114): 5-17. 2006. ISSN 0370-3908.

Con el tema “Arqueología y patrimonio: conocimiento y apropiación social” busco señalar cómo una indagación sobre el pasado a través de estudios arqueológicos, tiene implicaciones presentes para una comunidad rural campesina. Esta comunidad, ubicada en la vereda Checua del municipio de Nemocón, Departamento de Cundinamarca, se ha propuesto conocer y valorar las huellas que dejaron a través del tiempo varias generaciones de seres humanos que tuvieron por morada esta región. El propósito de ello ha sido el afianzar el sentido de pertenencia con su entorno natural y con una historia construida y en construcción del paisaje cultural, el cual está hoy en día en riesgo de destrucción.

**Palabras clave:** Arqueología, patrimonio, paisaje cultural.

## Abstract

With the topic “Archaeology and patrimony: knowledge and social appropriation” I seek to point out how an inquiry on the past through archaeological studies has current implications for a rural community. This community, located in the Checua neighborhood of the municipality of Nemocón, Department of Cundinamarca, wanted to know and to value the prints that several generations of human beings that lived in this region left them through time. The purpose of this has been to strengthen the sense of ownership with their environment and history and in construction of the cultural landscape, which is today at risk.

**Key words:** Archaeology, patrimony, cultural landscape.

---

\* Profesora asistente. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: amgrootd@unal.edu.co

## Introducción

El valle alto del río Checua fue poblado entre aproximadamente 8.500 y 3.000 años antes del presente por grupos de cazadores y recolectores que establecieron en algunos sitios viviendas estables y de allí se desplazaban por la zona en busca de sus alimentos. La temporalidad del sitio arqueológico de Checua y de algunos otros cercanos a éste da cuenta de la acumulación de experiencias culturales y de conocimiento del entorno natural de aquellos antiguos pobladores que condujo a adaptaciones fundamentales como el lograr una dieta estable en la que combinaron el consumo de carne, principalmente de venado y curí, y de plantas, cuya manipulación muy probablemente les llevo a ensayar con el cultivo de algunas especies.

El conocimiento de un espacio geográfico y su apropiación cultural como territorio en el cual nacer, vivir y morir es un aspecto que propicia entre generaciones sucesivas de seres humanos, estrechos vínculos con el entorno natural. El paisaje cultural construido a través de las relaciones de los seres humanos entre si y con su entorno, cambia con el tiempo, se transforma y se reinterpreta, pero en él quedan huellas, cicatrices que hablan de esas múltiples relaciones desde un pasado remoto hasta el presente.

En la articulación del pasado con el presente desarrollaré dos temas que hacen parte de mi proceso de investigación en la zona: el primero se refiere a la reconstrucción histórica y cultural de los pobladores tempranos del valle alto del río Checua a partir del análisis del sitio arqueológico que lleva el mismo nombre y su relación con otros sitios de la región y, el segundo, a la apropiación social de dicho conocimiento como patrimonio por los habitantes actuales.

### Los pobladores tempranos del valle alto del río Checua

Las investigaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá sobre el holoceno temprano y medio, han permitido reconstruir las formas de vida de los grupos de cazadores y recolectores que poblaban en esta época la región.

Los hallazgos iniciales del Abra (**Correal, Van der Hammen & Lerman, 1969**) y Tequendama (**Correal & Van der Hammen, 1977**) abrieron el camino y dieron las pautas que han orientado muchos otros trabajos, que indagaron sobre los sucesos climáticos y culturales que permitieron el establecimiento de grupos humanos en la Sabana y en otras partes del país, desde una época temprana.

En un lapso comprendido entre el undécimo y el quinto milenio antes del presente se ha observado una forma de vida, fundamentada principalmente en la cacería de mamíferos medianos y pequeños (venado y curí), con un

patrón de asentamiento orientado hacia la utilización de los abrigos rocosos como lugares de paso y habitación temporal. El Abra, en el municipio de Tocancipá, y Tequendama, en el municipio de Soacha, son un buen ejemplo, y a ellos se han sumado otras evidencias como Nemocón 4 (**Correal, 1979**), el sitio de Quebraditas en el municipio de Zipaquirá (**Gutiérrez & García, 1991**, el sitio Chía III (**Ardila, 1984**) y el sitio Payará en el Páramo de Guerrero, municipio de Tausa (**Rivera, 1988**).

Por algunos años la información sobre el lapso comprendido entre 5000 y 2.500 años antes del presente fue escasa. Época caracterizada por cambios climáticos significativos, en la cual se perdía el rastro de los grupos de cazadores y recolectores y se daba un salto a un momento cercano a los 2.500 años AP. en que aparecían evidencias de grupos agrícolas sedentarios. ¿Que pasó con los grupos de cazadores y recolectores? Al respecto se tejieron diversas hipótesis que sugerían una posible migración de esta gente hacía tierras más templadas en las estribaciones de la cordillera, debido en parte a cambios climáticos, quienes esporádicamente ascendían a la sabana en busca de algunos recursos.

El interés por develar este momento histórico, sobre el cual se tejían diversas hipótesis a partir de hallazgos ocasionales, pronto empezó a ser documentado a través de las investigaciones arqueológicas realizadas en Chía I (**Ardila, 1984**), en Vistahermosa (**Correal, 1987**) y en Aguazuque (**Correal, 1990**). Los hallazgos realizados en estos sitios permitieron establecer cambios en las pautas de asentamiento y en los mecanismos de adaptación de los grupos humanos que allí vivieron. Los abrigos fueron abandonados como lugares de habitación para ser sólo utilizados temporalmente como estaciones de cacería de poca duración, y establecieron sus viviendas en lugares a cielo abierto, en terrazas y colinas con alturas por encima del nivel de inundación de la sabana de Bogotá. En estos sitios arqueológicos se registran herramientas de piedra como cantos rodados con bordes desgastados, que junto con otros artefactos como yunques, martillos y golpeadores, por citar algunos, han permitido plantear actividades relacionadas con la manipulación y experimentación de raíces y tubérculos.

De acuerdo con dichos estudios, los lugares seleccionados para vivir fueron terrazas y colinas con alturas por encima del nivel de inundación de la Sabana de Bogotá. Por el carácter de los hallazgos efectuados, se percibe un aumento en la población.

Aguazuque, en el municipio de Soacha, es el sitio más representativo de esta época y muestra un proceso cultural que ha permitido visualizar por un lado, prácticas de

subsistencia orientadas más hacia la recolección y experimentación agrícola, sin dejar de tener la caza un renglón importante en la dieta y, por otro, manifestaciones culturales que señalan niveles mayores de complejidad de estos grupos humanos, tales como costumbres rituales relacionadas con los enterramientos humanos, desarrollo de expresiones estéticas y simbólicas develadas tanto por la pintura en hueso como en la utilización del espacio con fines de habitación y de prácticas rituales. De otra parte la amplia muestra de restos humanos ha permitido conocer mejor las características físicas de los individuos que conformaron estos grupos.

Dada la importancia que adquiere esta época en cuanto a procesos de adaptación y transformaciones culturales de los grupos humanos que poblaron la Sabana, la ubicación de un yacimiento arqueológico en el municipio de Nemocón de las características antes mencionadas llamó mi atención por las posibilidades que ofrecía como otro lugar de referencia en la comprensión, a un nivel regional, de la forma de vida de la gente que vivió en tales años.

Checua, el sitio arqueológico en mención, me permitió aportar nuevos datos y acercarme a llenar un vacío de información en la historia local del municipio de Nemocón, sobre el poblamiento temprano de este rincón, (Groot, 1992). Este vacío se relacionaba con un período comprendido entre los 6.000 y los 2.210 años antes del presente, en el que evidencias de cazadores y recolectores que hacían sus viviendas junto a abrigos rocosos, como es el caso del sitio Nemocón 4, en el lugar de Piedecuesta, loma el Recogedero (Correal, 1979), se da un gran salto al registro de huellas de poblaciones sedentarias más densas, como las que son evidentes en la salina de Nemocón (Cardale, 1981) a partir de una fecha aproximada de 270 años antes de Cristo. El sitio Checua corresponde a un asentamiento de cazadores y recolectores a campo abierto, en donde pude reconstruir una secuencia cultural desde aproximadamente 8.500 años hasta 3.000 años antes del presente (figura 1).

La fisiografía de la región se caracteriza por la cuenca del río Checua, que constituye su principal arteria de drenaje. Esta cuenca hace parte de una estructura sinclinal llamada Checua-Lenguazaque, en donde se definen claramente dos sectores: la planicie fluvio-lacustre y las formas montañosas que la circundan; el primero se conoce como la cuenca inferior y el segundo como la cuenca media y superior. La cuenca inferior corresponde a la parte sur:

es un área plana formada por un gran depósito de materiales fluvio-lacustres que cubre la parte de la estructura sinclinal. La cuenca media y superior se caracteriza por geomorfos de montaña, en donde se registran tanto laderas de clima frío húmedo entre los 2.700 y los 3.200 metros sobre el nivel del mar como laderas de clima frío seco entre los 2.600 y 2.900 m. s. n. m. Hacia el oeste se presenta un monoclinal de pendiente variable, donde los suelos tienen un alto contenido de materia orgánica. En la vertiente oriental, la pendiente es más fuerte y se caracteriza por suelos con abundantes materiales arcillosos erosionados (González et al. 1988: 15).

La precipitación anual en promedio oscila entre 600 y 750 mm. con una distribución desfavorable, ya que se presentan fuertes aguaceros en cortos períodos, que tienen un efecto erosivo muy alto. En dos épocas del año (fines de marzo hasta principios de mayo y fines de septiembre hasta principios de noviembre) cae aproximadamente el 70% de las lluvias en forma de aguaceros torrenciales. Durante un episodio el río Checua aporta caudales de más de 30 metros cúbicos por segundo al valle de Nemocón, inundando campos y aportando materiales a los suelos de la planicie.

La cuenca media y superior del río Checua está fuertemente afectada por la erosión y hay sectores en donde se observan profundas cárcavas. Este problema ha sido ocasionado tanto por agentes naturales como antrópicos, pero es de señalar que en ellos las causas naturales son fuertes e inmodificables; las formaciones geológicas son inestables y susceptibles a la erosión; el clima es semiárido y se caracteriza por fuertes vientos que alcanzan velocidades aproximadas de 80 km/h, temperaturas bajas y lluvias escasas y mal distribuidas. La vegetación que predomina en la región corresponde a un bosque seco.

El sitio arqueológico se encuentra en el límite entre la planicie fluvio-lacustre y las colinas de la vertiente nor-oriental. La gente que vivió en este lugar en época prehispánica escogió para asentarse la parte alta de una colina, que se levanta cerca de 15 metros sobre el nivel de la zona plana adyacente y abarca una superficie de aproximadamente 300 m<sup>2</sup> (figura 2).

Para conocer la historia de cómo y cuándo se colonizó la colina, realicé la excavación de dos cortes en la cima de la misma, uno de 32m y otro de 24m (Groot, 1992, 2000). De acuerdo con los análisis de suelos<sup>1</sup> y con las comparaciones efectuadas entre la estratigrafía del corte 1 y del

1 Los análisis fueron realizados en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi y se contó con la colaboración del doctor Pedro José Botero en las determinaciones e interpretaciones estratigráficas.

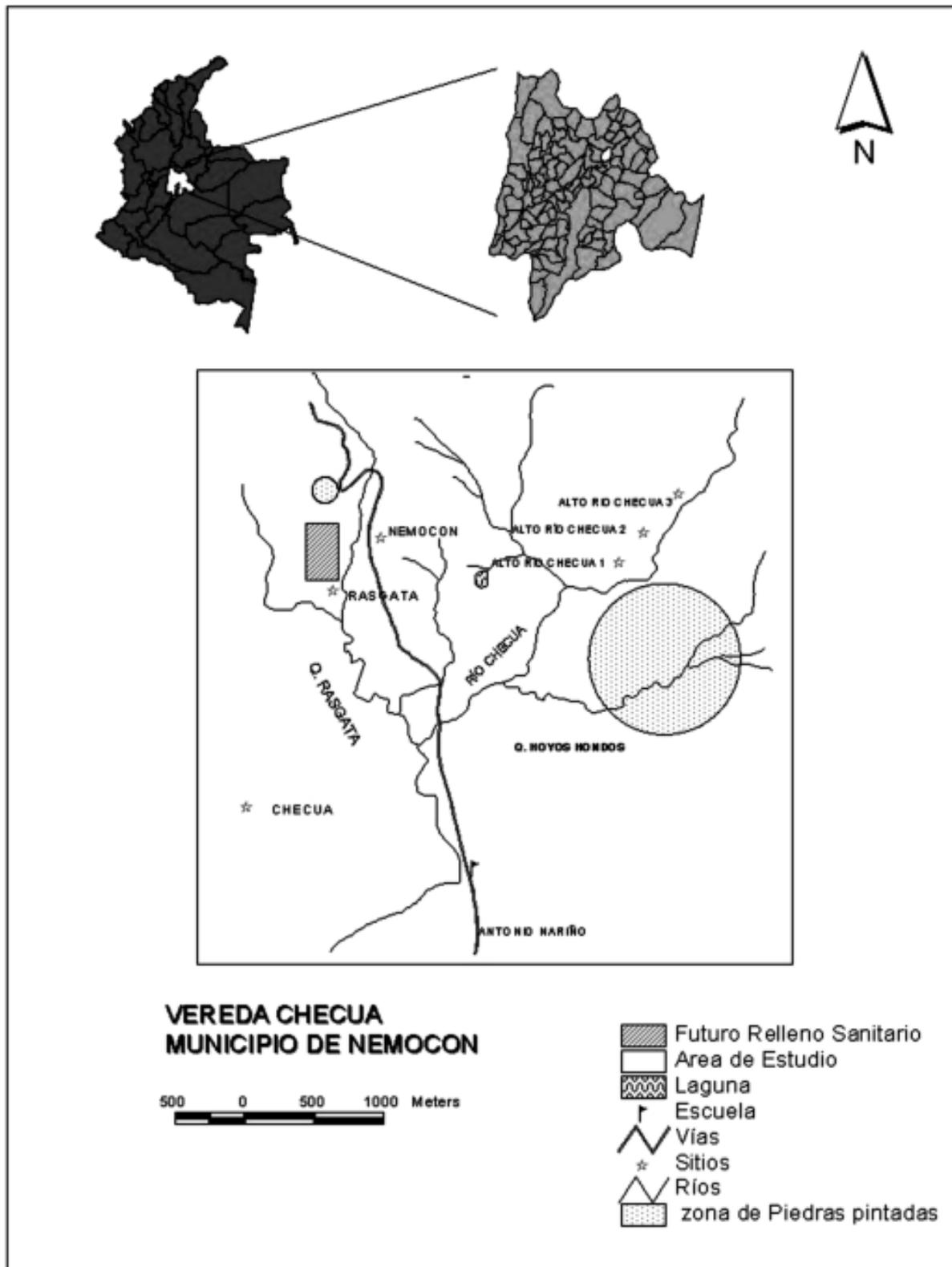


Figura 1. Mapa de localización de los sitios arqueológicos del Valle Alto del río Checua.



Figura 2. Panorámica del sitio arqueológico Checua.

corte 2, hicimos una lectura de cómo fue el proceso de formación de estos suelos en el pasado a partir de agentes tanto naturales como antrópicos. De la observación de la estratigrafía y de las huellas de actividad humana se definieron cuatro zonas de ocupación. Las huellas de actividad humana se relacionan con: pisos muy compactos con

rasgos de huecos de postes, un piso constituido por la aglomeración intencional de piedras areniscas y la distribución de evidencias culturales en el área de excavación, tales como enterramientos humanos, restos óseos de fauna y herramientas de piedra y hueso. Como referencia se presenta la estratigrafía del corte 1 para correlacionar la estratigrafía física con la cultural (ver figura 3).

### Primera zona de ocupación

Se relaciona con el poblamiento inicial de la colina. Sobre un suelo viejo, que por sus características se conoce como un suelo de orden "Albic" *Paleustalf* se formó un horizonte A (unidad estratigráfica 4) que corresponde al primer suelo que recibe aportes de gente que visitaba ocasionalmente el lugar. Este estrato constituye un suelo sódico sin estructura, no apto para la agricultura<sup>2</sup>.

Por la acción posterior de habitación que se dio en el lugar, el sodio migró y se depositó en la parte superior de la unidad, rasgo que permite decir que para formarse este suelo transcurrió un período largo de tiempo. De otra parte, el contenido de fósforo total de esta unidad, que señala

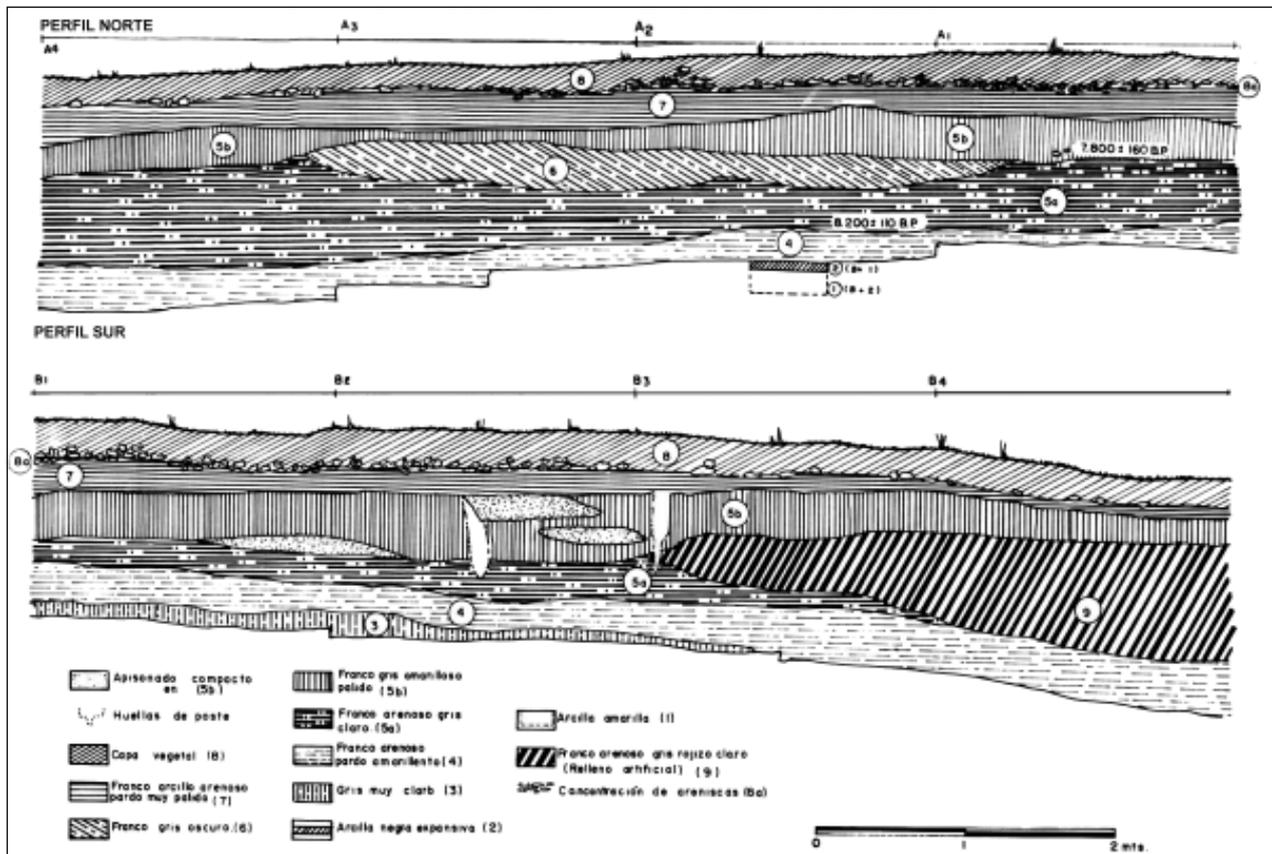


Figura 3. Estratigrafía del corte I.

la un valor de 2.650 ppm, da indicios de que la intensidad de la ocupación fue baja, pero significativa.

El registro de elementos de cultura material tales como herramientas de hueso y piedra es reducido, como también lo es el de restos óseos de fauna. Hay un predominio de instrumentos líticos cortantes tales como lascas y navajas, así como de algunos raspadores y raederas. Aunque con una baja frecuencia, también se hallaron cantos rodados con borde desgastado y percutores, cuya presencia permite sugerir labores relacionadas con la manipulación de vegetales, como el golpeado sobre semillas y trituración de tubérculos.

En cuanto a rasgos, se identificaron huellas de fogones y de postes que no delimitaban espacios definidos. De la parte superior del estrato, en el límite con la capa siguiente, se obtuvo una fecha de radiocarbono de 8.200  $\pm$  110 años AP., lo que nos lleva a pensar que el inicio de la ocupación se proyecta varios años atrás. Esta zona de ocupación es contemporánea con la unidad 3 del sitio Nemocón 4 cuyos límites cronológicos se estiman entre 8.000 y 9.000 AP (Correal, 1979).

Las bajas frecuencias de restos de fauna y artefactos líticos en esta unidad nos señalan un poblamiento esporádico y estacionario de pequeños grupos. La gente que se asentaba temporalmente en Checua, muy probablemente era la misma que frecuentaba el abrigo rocoso del sitio Nemocón 4, en donde tenían abundantes recursos de cacería como lo demostraron los resultados de la excavación realizada en dicho sitio.

En el corte 1 se encontró tan sólo un fragmento de coxal humano parcialmente quemado, correspondiente a un joven. Por el contrario, en el corte 2 se registraron cuatro entierros humanos (6, 7, 8 y 9), los cuales representan diferentes momentos de ocupación.

### *Segunda zona de ocupación*

En la unidad estratigráfica 5 se registra un paulatino aumento en la influencia humana sobre el sitio, que progresivamente se hace más intensa. Esta zona de ocupación la podemos manejar en dos momentos, equivalentes a las subunidades estratigráficas 5a y 5b, lo cual se refleja entre otros índices, en los valores de fósforo total. En la subunidad 5a se presenta un valor de 2.050 ppm. y en 5b de 13.250 ppm., lo que señala para la subunidad 5b una incidencia humana mayor. En la base de esta subunidad, entre 0.70 y 0.80 m. de profundidad, se analizó una muestra de carbón recolectada en el apisonado que proporcionó una fecha de 7.800  $\pm$  160 AP.

El lapso de 400 años transcurrido entre las dos fechas señaladas, no es muy grande para que se hubiese formado

un suelo del espesor de la subunidad 5a (en promedio 50 cm.). Si este hecho no es el resultado de una tasa de sedimentación muy alta, puede estar indicando que el terreno fue transformado y que la gente debió transportar tierra de lugares vecinos para adecuarlo y volverlo habitable. Esto, de ser así implicó un esfuerzo grande.

En la unidad estratigráfica 5b se identifica el auge de esta ocupación. En el corte 1 a 0.70 m. de profundidad se registraron huellas de poste, que por el arco que forman, se puede estimar que encerraban un espacio circular de aproximadamente 7.5 m. de diámetro. El piso en casi toda el área de la excavación es compacto y duro. Las huellas de poste corresponden a palos de diferente tamaño; hay algunas que oscilan entre 10 y 28 cm. de diámetro en la

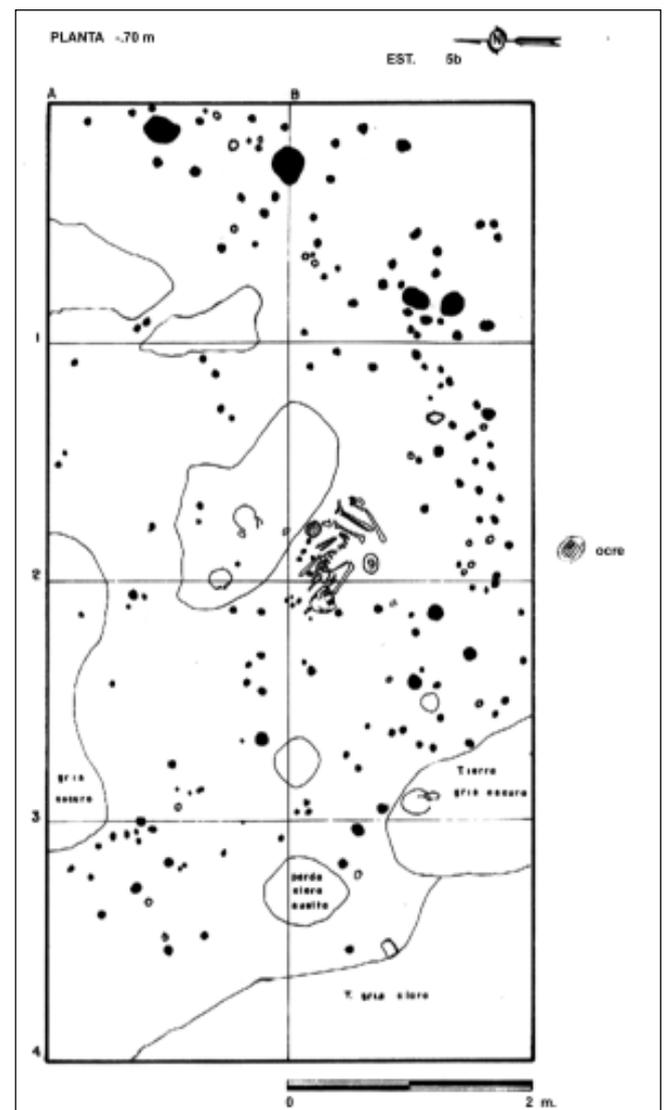


Figura 4. Corte I. Planta de la excavación a 0,70 cm de profundidad.



**Figura 5.** Corte I. Entierro 9 referido en la planta de la excavación a 0,70 cm de profundidad.

curvatura externa de la estructura y, hacia el interior, se observan huellas que varían entre 4 y 8 cm. (figuras 4 y 5).

En los niveles de excavación entre 0.50 y 0.80 m. de profundidad, excavados en niveles de 5 cm., se observa un patrón regular en la distribución de las huellas de poste. No obstante, es de anotar que durante el proceso de excavación y documentación de estos rasgos, se pudo registrar como desaparecían ciertas huellas y aparecían otras. Este tipo de evidencia nos está señalando procesos de reparación de la estructura, por deterioro normal o por abandono temporal según sus prácticas culturales. Asociados con esta ocupación se encontraron en el corte 1 nueve entierros humanos, y en el corte 2 tres entierros.

En cuanto a elementos de cultura material se destaca la presencia de herramientas líticas cortantes tales como cuchillos, navajas, lascas prismáticas y conoidales que nos señalan actividades de destaje y descarnado de espe-

cies animales. También se encuentran cantos rodados con bordes desgastados, fragmentos de cantos rodados relacionados con actividades de trituración de vegetales y molinos de pigmentos, que coinciden con enterramientos de ofrendas de ocre (figuras 6 y 7). En restos de fauna se observa el predominio en el consumo de venado y curí.

De otra parte, sobresale la elaboración de objetos en hueso tales como agujas, punzones y cuchillos. En este mismo material es interesante el hallazgo en el corte 1 de un instrumento musical: una flauta con cuatro agujeros en su cara anterior y uno en la cara posterior, que podemos considerar como la más antigua, hasta ahora encontrada en Colombia. La presencia de este instrumento nos lleva a pensar en el desarrollo de la música como una expresión estética, sensorial, ritual y de comunicación, entre la gente que se estableció en Checua, rasgos que indican, con otros ya señalados, niveles de organización compleja en estas poblaciones antiguas, que aún no fabricaban cerámica (figuras 8 y 9).

La fecha de radiocarbono de 7.800 años AP., obtenida de una muestra de carbón vegetal tomada en el apisonado compacto del corte 1 entre 70 y 80 cm. de profundidad, nos ubica temporalmente un momento más estable y definido de la segunda zona de ocupación, que se puede prolongar hasta cerca de 6.000 años AP., fecha que estimamos para los inicios de la tercera zona de ocupación.

Mientras esto sucedía en Checua, el abrigo rocoso de Nemocón tenía huellas inequívocas de una ocupación densa. La unidad estratigráfica 5b es contemporánea con la unidad 5 de Nemocón 4, fechada en este sitio entre 7.530±100 AP. y 6.825±40 AP. (Correal, 1979:133).

### *Tercera zona de ocupación*

Esta zona de ocupación sólo fue identificada en el corte 1. Corresponde a la unidad estratigráfica 7, la cual se caracteriza por un apisonado compacto, que parece cementado, más duro que el anterior, en el cual se registraron huellas de poste con un diámetro promedio de 4 cm. En la distribución espacial de estas huellas se determinó una estructura circular de aproximadamente 3,5 m. de diámetro. Las huellas muy probablemente fueron dejadas por cañas o chusques, que enterraban entre 10 y 15 cm. de profundidad, con una ligera inclinación hacia el interior de la estructura. Este rasgo se puede relacionar con la primera zona de ocupación de Aguazuque (unidad estratigráfica 3) que está fechada en 5.025 ± 40 AP (Correal, 1990:256).

En esta zona de ocupación el número de herramientas de hueso aumenta, registrándose una frecuencia alta de

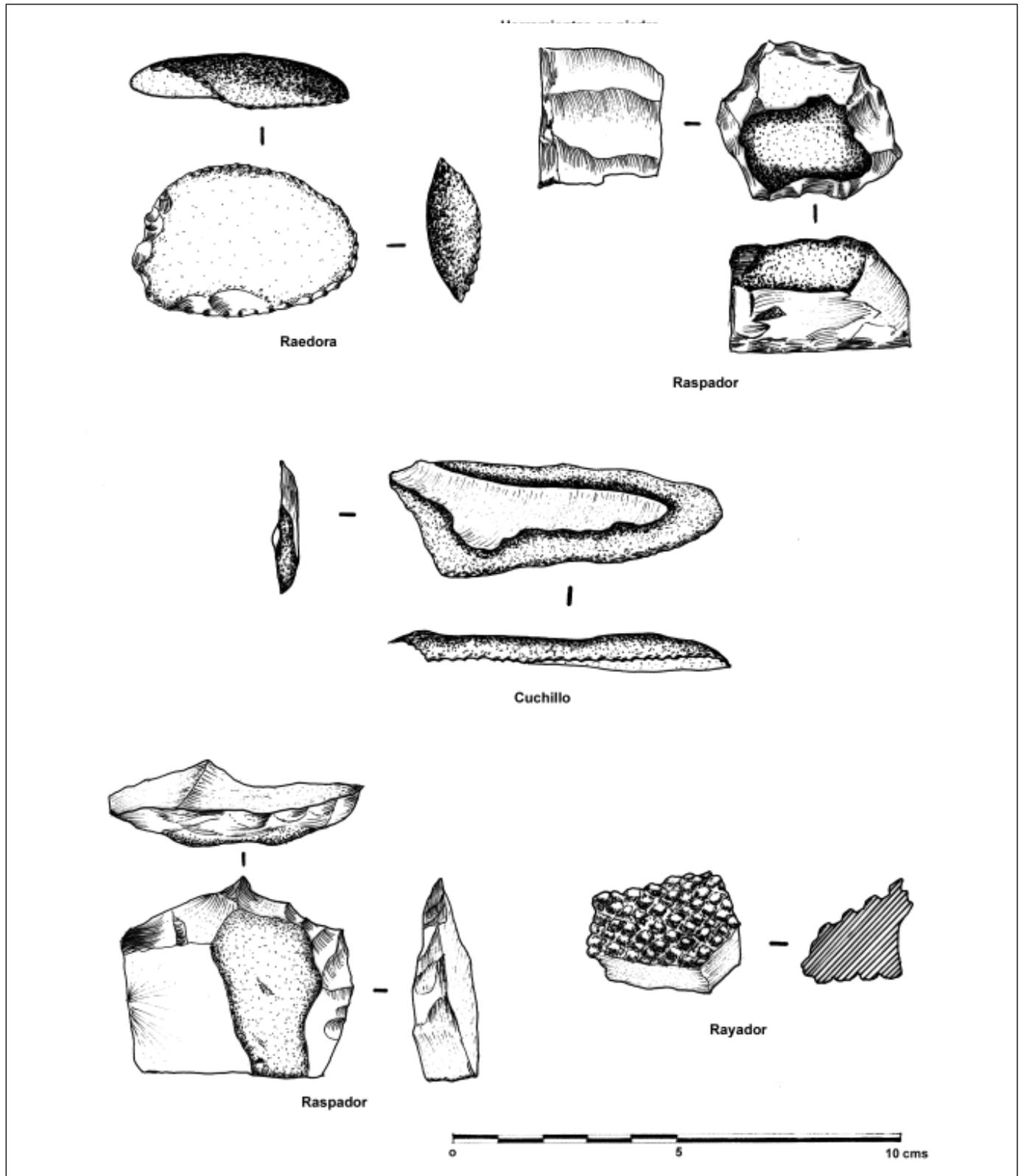


Figura 6. Artefactos en piedra.

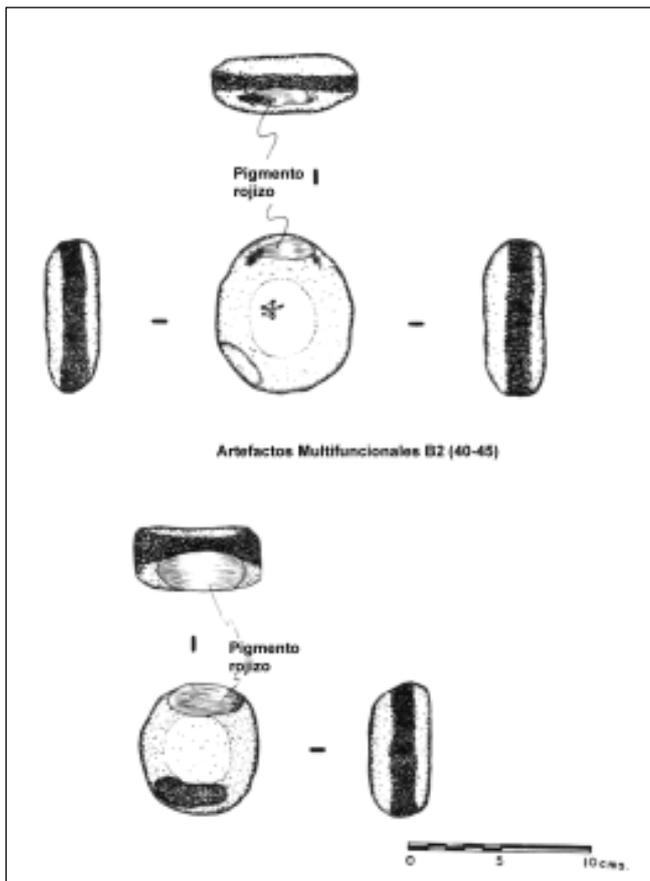


Figura 7. Artefactos en cantos rodados con bordes desgastados.

raspadores lanceolados, perforadores y punzones. En instrumentos líticos se observa un predominio de lascas y navajas. También se registra un alto índice de desechos de talla (340) así como de núcleos (29), que son evidencias de fabricación de herramientas en el sitio. Es importante señalar la presencia de artefactos multifuncionales (percutor, mano de moler y yunque en uno sólo). En relación con restos óseos de fauna es notoria la frecuencia de venado y en menor proporción curí.

De acuerdo con las evidencias arqueológicas se sugiere que esta ocupación fue intensa pero de una duración más corta que la anterior. La posición cronológica de la misma, al no disponer de datación absoluta, está planteada a partir de la correlación entre ella y la primera zona de ocupación de Aguazuque y probablemente se prolonga hasta los 4.000 años AP.

#### Cuarta zona de ocupación

Está integrada por la unidad estratigráfica 8, la cual según la estratigrafía y las plantas horizontales relaciona-

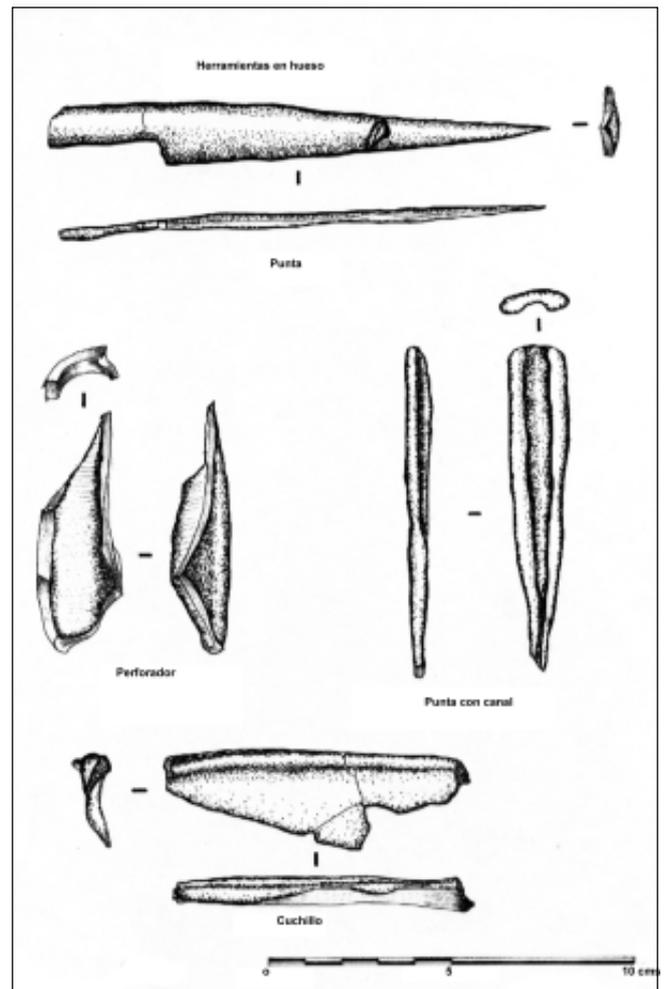


Figura 8. Artefactos en hueso.

das se puede manejar en dos momentos, equivalentes a las sub-unidades 8a y 8.

La sub-unidad 8a está definida por la presencia de un piso de piedra ubicado entre 20 y 30 cm. de profundidad, caracterizado por acumulaciones de areniscas fracturadas de tamaño muy homogéneo, muchas de ellas quemadas, que conforman un piso irregular. Entre estas acumulaciones de piedra se registraron varios entierros humanos; en el corte 1, tres de niños y uno de un adulto y en el corte 2, dos entierros de individuos adultos.

En esta unidad se registró un valor de fósforo total de 12.000 ppm. que nos señala nuevamente una ocupación muy intensa, con permanencia de los pobladores y abundantes desechos orgánicos. Los registros de restos de fauna son los más altos de todas las zonas de ocupación, en ellos predomina el venado, pero se nota un aumento con-

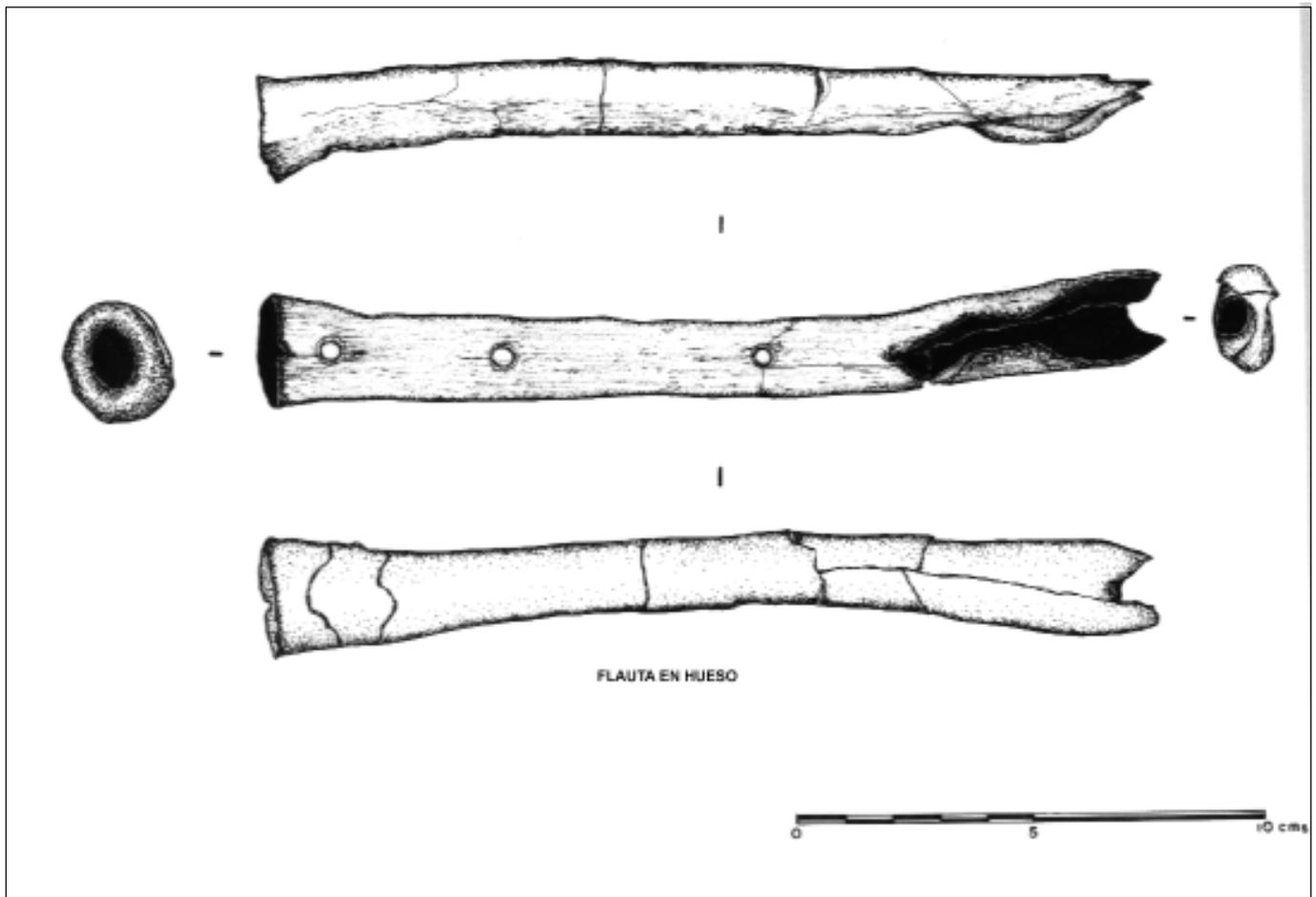


Figura 9. Instrumento musical en hueso (flauta).

siderable en el consumo de curí. En instrumentos líticos hay un predominio de desechos de talla que constituyen el 54% de los registrados en las demás zonas de ocupación; le siguen en frecuencia decreciente lascas, navajas y raspadores. Son frecuentes los cantos rodados con bordes desgastados. Los artefactos de hueso que predominan son raspadores y perforadores, probablemente utilizados en la preparación de pieles y elaboración de herramientas en hueso. En el corte 2 se encontró un hacha pulida en proceso de elaboración y un canto discoidal con perforación en el centro.

Aunque no se tienen fechas de carbono 14 para esta unidad, podemos tomar como punto de referencia el piso de piedra (subunidad estratigráfica 8a) y relacionarlo con otros sitios en donde ha sido registrado. Este rasgo ha sido descrito en el sitio Mosquera 10 (MSQ 10), cerca de la laguna de la Herrera por **Broadbent** (1971:176) quien lo interpreta como un taller precerámico. En la zona de

ocupación IV de Tequendama, **Correal & Van der Hammen** (1977:162) lo encuentran asociado con cerámica y como parte de una planta de vivienda, cuya posición cronológica se estima en 2.500 AP. En Chía I, Ardila lo registra en un yacimiento a cielo abierto, relacionado con una ocupación precerámica, con límites cronológicos estimados entre 5.000 – 3.000 AP. En Aguazuque **Correal** (1990:243) lo señala asociado a la unidad estratigráfica 52 (quinta zona de ocupación), la cual fue fechada en la parte inferior de la capa en  $2.725 \pm 35$  AP. En Vistahermosa (Mosquera) también se identificó un piso de acumulaciones de areniscas fechado en  $3.135 \pm 35$  AP (**Correal**, 1990:12).

En consecuencia con lo anterior, los datos proporcionados por dichos trabajos, nos permiten estimar la posición cronológica de la subunidad 8a en aproximadamente 3.000 años AP. La subunidad 8, relacionada con los primeros 20 cm. de excavación, presenta en una proporción

muy baja fragmentos pequeños de cerámica, tanto antigua como moderna, y ocasionalmente algunos pedazos de vidrio.

La colina donde está localizado el sitio Checua, debió ser un punto estratégico, por su proximidad a recursos de fauna como se ha visto a través de las excavaciones en el sitio Nemocón 4, que se encuentra a una distancia de 1.500 metros de Checua. La ubicación de la colina, por encima del nivel de inundación de la sabana, pero cerca al río Checua y sus zonas pantanosas aledañas, era favorable para la cacería de especies menores como el ratón y el curí, y posiblemente para la pesca.

La presencia en varias de las zonas de ocupación de instrumentos relacionados con molienda y trituración de vegetales es una prueba indirecta de la manipulación de estas especies y la constitución quizás, en algún momento de la historia de sus pobladores, de huertas caseras para experimentar en el cultivo de plantas. De este sitio no se tienen evidencias directas por medio del registro e identificación de restos vegetales. Al respecto es importante mencionar algunos yacimientos arqueológicos en donde sí se tienen evidencias. En Aguazuque, en la tercera zona de ocupación, ubicada temporalmente hacia 3.860 años AP, fueron identificados restos de plantas cultivadas como la calabaza y la íbia. En el abrigo rocoso de Zipacón en la ocupación correspondiente a la fecha de 3.270 años AP, se encontraron restos de aguacate, cerezo criollo, batata, totumo y tuzas calcinadas de maíz. Por análisis de isótopos estables C13 en restos óseos humanos de Aguazuque se conoce que cerca de 3000 años antes del presente la población tenía un consumo alto de maíz (**Van der Hammen, Correal & Van Klinken, 1990**).

En un nivel regional referido a la historia del poblamiento de la Sabana de Bogotá, el registro de la secuencia cultural de Checua es importante, pues su estudio ha permitido la recuperación de nuevos datos así como reiterar los ya existentes, sobre el proceso de adaptación de la población o las poblaciones del precerámico a una forma de vida cada vez más sedentaria, dependiente de la recolección de plantas silvestres en un alto grado y de la cacería y en la cual se perciben manifestaciones de experimentación para la siembra de algunas plantas.

El asentamiento a campo abierto de Checua, junto con el abrigo rocoso de Nemocón y otros yacimientos descritos en investigaciones recientes en la región como Rasgatá (**Gutiérrez, 2000**) y alto río Checua 1,2 y 3, señalan una apropiación territorial de este rincón de la Sabana, por grupos humanos que tuvieron a Checua como un asentamiento estable por mucho tiempo, y donde en-

teraban sus muertos. Quizás lo abandonaban por momentos y retornaban de nuevo, hasta abandonarlo definitivamente hacia el año 3.000 antes del presente (ver figura 1).

En lo referente al poblamiento temprano de la Sabana de Bogotá, se observa una movilidad de las bandas de cazadores y recolectores entre el altiplano y las vertientes adyacentes entre 10.000 y 8.000 años AP. Paulatinamente entre 7.000 y 3.000 años AP. se percibe un aumento en la población, la utilización de algunos sitios como lugares de vivienda más estables y la probable apropiación de territorios como cotos de caza, de desplazamientos para adquirir recursos apetecidos y establecer contactos con otros grupos. El grado de parentesco entre los pobladores que por generaciones tuvieron como referente para vivir y enterrar a sus muertos algunos de estos sitios arqueológicos es tema de indagación.

### Patrimonio y apropiación social

La historia no concluye en la época a la que acabo de referirme. Los descendientes de estos pobladores que a la par de la recolección venían experimentando con especies de plantas para su cultivo y comunicándose con grupos humanos que ya elaboraban cerámica, pasan, alrededor de 300 años antes de Cristo, a combinar para su subsistencia la agricultura y la cacería de especies menores, y se establecen algunas familias donde queda actualmente la salina de Nemocón, mientras que otros permanecen en la cuenca alta del río Checua. Allí, varias generaciones después, la parcialidad indígena de Tasgatá de la etnia muisca es registrada en los documentos escritos de la época colonial española. Estos indígenas y sus descendientes tuvieron una participación activa en la explotación maderera para la elaboración de sal en las salinas coloniales de Nemocón (**Groot, 1998**).

Los anteriores modos de vida de las varias ocupaciones humanas de la zona dieron paso a diferentes procesos culturales en intervalos de tiempo que poco a poco nos acercan al presente, un presente, en el que para los actuales moradores de la zona, los vínculos con sus remotos antecesores no son perceptibles en su memoria. No obstante, hay elementos en el paisaje como farallones, piedras pintadas y artefactos de piedra y hueso, que en algunos sitios afloran a la superficie por faenas agrícolas o por efectos erosivos del suelo, que en algunos despiertan la curiosidad y les llevan a pensar en la historia, en los valores culturales y naturales que tienen a su alrededor.

Con base en lo anterior, desarrollamos un plan de trabajo con un grupo de estudiantes de antropología y las profesoras de la escuela rural Checua que tuvo por objeto

establecer un diálogo de saberes y el establecimiento de estrategias para divulgar y compartir los conocimientos generados por la comunidad y los desarrollados a través de la arqueología. El propósito fue tender un puente entre el pasado y el presente por medio de la apropiación de la comunidad de los valores naturales, culturales e históricos de la región, que hacen parte de su vida cotidiana y para algunos tienen sentido, reinterpretados según sus vivencias y, para otros, quizás desconocidos y, por lo tanto, ignorados.

La estrategia metodológica que se implementó fue el desarrollo de talleres y jornadas pedagógicas con niños y adultos, y el registro de tradiciones orales. Parte de los resultados se reunieron en dos cuadernillos denominados “Checua: nuestro viajero cultural y ecológico” lo cual ha permitido la socialización de los mismos con la comunidad<sup>2</sup>.

Al abordar este trabajo de manera conjunta con la comunidad, partimos de la noción de patrimonio como algo que está en constante interacción con las culturas del presente, con las que a diario se construye futuro. El valor del patrimonio responde no sólo a su autenticidad sino sobretudo al de reconocimiento: Que se trate de algo en lo que una colectividad concreta se reconoce y, reconoce como parte de su historia y vida cultural. Se articula con tener conciencia del derecho a incorporar a su vida colectiva el patrimonio material y espiritual, arqueológico y natural, como parte de sus bienes y valores; a tener un claro sentido de que “por antiguas que sean sus raíces, el patrimonio es algo que concierne al hoy, que se halla atravesado por las luchas a través de las cuales buscan sobrevivir como colectividad” (Martín-Barbero, 1999:14).

La repercusión de las acciones adelantadas es mensurable a través del efecto que la participación comunitaria y la acción pedagógica han tenido sobre los habitantes de la zona, en la valoración del paisaje natural y cultural, de la historia ligada a ese paisaje y la búsqueda de alternativas para conservarlo, mejorarlo y, dar sentido y vigencia a lo que es suyo.

Desafortunadamente dicho paisaje está amenazado. En una amplia zona al frente de los farallones conocidos como la loma del Recogedero se proyecta la construcción y operación de un relleno sanitario, que pronostica la disposición de residuos sólidos de más de 20 municipios de Cundinamarca (figura 10).



Figura 10. Panorámica de la zona escogida para el relleno sanitario; al fondo se observa la loma El Recogedero.



Figura 11. Loma El Recogedero. Sitio arqueológico Nemocón 4.



Figura 12. Panorámica de la loma El Recogedero vista desde el sitio arqueológico Checua.

<sup>2</sup> Checua: nuestro viajero cultural y ecológico. Revista de la escuela rural Checua. Nos. 1 y 2. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2003 y 2004.

La comunidad que se afectaría directamente tiene conciencia de lo que perdería en diferentes aspectos como lo natural, lo cultural y lo social. Por ello ha dirigido su mirada hacia el contexto arqueológico del valle alto del río Checua, no como la suma de sitios aislados, sino apropiando la noción de “paisaje cultural”; noción en la cual se articulan diferentes escenarios en los que se desarrolló la vida de los seres humanos que ocuparon esta zona desde época muy antigua, buscando que dicho paisaje sea reconocido como bien de interés cultural de orden municipal y nacional. El Consejo municipal de Nemocón promulgó en agosto de 2004 un Acuerdo en el que se declara una zona de la vereda Checua y la parte baja de la vereda Cerro Verde como patrimonio histórico, ecológico y cultural (Groot, 2004). Actualmente, con participación de la comunidad, se está elaborando la propuesta y el plan de manejo requerido para que la declaratoria tenga el soporte nacional a través del Ministerio de Cultura (figura 12).

En el momento, la comunidad reconoce que al salvaguardar el patrimonio arqueológico se está contribuyendo no sólo a que éste sea adecuadamente investigado, conocido y conservado, sino que éste está ligado a un entorno de características geoambientales excepcionales, que no se puede separar. El valle alto del río Checua es el único enclave seco de la sabana de Bogotá que se conserva, con la riqueza florística propia de estas zonas, que no ha sucumbido bajo el proceso acelerado de urbanización, pero que está en riesgo de convertirse en el basurero de los centros urbanos próximos. El diálogo entre el conocimiento que aporta la arqueología con el de la comunidad de la vereda Checua es un camino en la apropiación social de dicho conocimiento para la valoración y defensa de su entorno natural y cultural.

## Bibliografía

- Ardila, G.** 1984. Chía un sitio precerámico en la sabana de Bogotá. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.
- Broadbent, S.** 1970/71. Reconocimiento arqueológico en la laguna de la Herrera. Revista Colombiana de Antropología. vol. **XV**: 171-213.
- Cardale, M.** 1981. Las salinas de Zipaquirá: su explotación indígena. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.

- Correal, G., Van der Hammen, T. & Lerman, J.C.** 1969. Artefactos líticos en abrigos de El Abra. Revista Colombiana de Antropología. vol. **XIV**: 9-46.
- Correal, G. & Van der Hammen, T.** 1977. Investigaciones arqueológicas en los abrigos del Tequendama. Banco Popular. Bogotá.
- Correal, G.** 1979. Investigaciones arqueológicas en los abrigos de Nemocón y Sueva. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.
- \_\_\_\_\_. 1987. Excavaciones arqueológicas en Mosquera. Arqueología. No. **3**, Revista de estudiantes de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. (1): 13-17.
- \_\_\_\_\_. 1990. Aguazuque, evidencias de cazadores y recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- González E. M. et al.** 1988. Estudio de la cuenca del río Checua. Facultad de Agronomía, Postgrado de Suelos, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Groot, A. M.** 1992. Checua: una secuencia cultural entre 8.500 y 3.000 años antes del presente. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.
- \_\_\_\_\_. 1999. Los pueblos productores de sal en el altiplano de Bogotá, Nueva Granada (1537-1640). Fundación para la promoción de la investigación y la tecnología. Bogotá.
- \_\_\_\_\_. 2004. Tenemos derecho a estudiar, conservar y divulgar nuestro patrimonio cultural. CAR, Audiencia Pública Nemocón.
- Gutiérrez, J.** 2000. Adaptabilidad, reciprocidad y territorialidad como estrategia de acceso a recursos en grupos de cazadores colectores. Trabajo de grado. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Martín-Barbero, J.** 1999. Patrimonio: el futuro que habita la memoria. En: Somos Patrimonio: 91 Experiencias de Apropiación Social del Patrimonio Cultural y Natural. Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- Rivera, S.** 1992. Neusa, 9.000 años de presencia humana en el páramo. Fundación de investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.
- Van der Hammen, T., Correal, G. & Van Klinken, G.** 1990. Isótopos estables y dieta del hombre prehistórico de la sabana de Bogotá. Boletín de Arqueología. Año **5** (1).

Recibido el 14 de septiembre de 2005.

Aceptado para su publicación el 26 de enero de 2006.